

## Antiaristotélico

### *El buey descalzo*

HUGO CHAPARRO VALDERRAMA  
Planeta, Bogotá, 2022, 133 pp.

EL HUMOR negro en este libro es a costa del lector, a quien el autor deja por fuera de la diversión. Como si, cansado de divertir a los demás, tras un largo ejercicio del oficio, optara por complacerse en un texto perverso, dionisiaco, semejante al discurso del participante en los concursos de mentirosos que se celebran en ciertas ferias.

[...] Pakasuka era firme como un árbol, y tenía el color de un tronco amarillo verdoso. Vestido con la tela basta de una camisa raída, un pantalón que le bailaba en las piernas [...] le preguntó a los ateos si alguien tendría una pared para pintarle un paisaje. Las tablas de la cantina, reseca y envejecidas, amarradas con las cuerdas de los barcos tenían un color gris que solo daba tristeza. La tristeza que espantaban los ateos cuando se juntaban con ganas de comprender lo inexplicable del mundo. Le dijeron que las podía pintar y le ofrecieron a cambio lo que el indio les pidió: donde comer y dormir mientras llenaba las tablas de pájaros y palmeras y tigres acariciados por niños y playas tan largas como serpientes de arena... (p. 97)

Una juerga de Dionisos, el dios griego propiciador de la embriaguez y la orgía; evento en el que se desdibujan los contornos de la realidad y de las creaturas, se destrona al ego y a la razón. *El buey descalzo* es una borrachera de palabras, en donde el lector se queda sin contornos, sin el hilo de motivos propio del relato como convención social, oficio, disciplina.

Nadie sabe los secretos que arrastramos con nosotros. Los misterios que se llevan los que se van y no vuelven. Los que se fueron y a los que la muerte les ordenó que se fueran. Los que me abandonaron para que me acordara de ellos. Mi padre, el hijo de doña Solita, el señor Eberto y sus ayudantes. Los jóvenes Nieto y Rojas, Claudio, *la Virgen Retocada*... “Una mujer ma-

dura que todos los sábados llegaba a la casa con un canasto rebosante de cuajadas y mantequilla”, escribió la niña Elvia en una tarea de la escuela. “Reposada en su hablar, lenta en su caminar y prolífica en sus afeites que acentuaban sus facciones, burdas y otoñales, barnizadas de un rojo encendido y cubiertas de una gruesa capa de polvo de arroz. Su boca, gruesa y torcida, daba la impresión de una herida sangrante. Sus cejas, cubiertas con hollín de la estufa, ponían en su rostro el tinte cómico y triste de los payasos”. Una mujer sometida por el sol que la tostaba y suavizaba el ardor con un abanico chino que *kan-san-cio* le vendió para que el viento silbara entre sus manos de árbol [...]. (pp. 49-50)

Borracho de ficciones larvales, Hugo Chaparro Valderrama las eyacula cargando las páginas de actos fallidos. El cronista del pueblo, improbable, borroso, es un gigante primitivo y lento con la misión de consignar en su memoria sin fondo las gestiones de monigotes embrionarios como la señora Joba, “un oso vestido con batas negras y anchas, sentada en una silla que le cargaban las hijas, tan gruesas como ella” (p. 15). El señor Eberto, autor de *La sombra del héroe*, película que proyectaba en las paredes del pueblo, sobre el asesinato de un general popular. La señora Blanca, recitadora de sainetes y creadora de vestidos de novia. Sus hijas, la niña Elvia y la niña Emma, presentadoras de comedias en el teatro del pueblo. La señorita Herminia, la maestra de escuela, “a la que el señor Nemesio, el notario, le decía ciencia infusa”. Dos hermanas bellas, Augusta y Sara, iguales, mellizas; la primera comparte esposo con la segunda, que no aborrece la cópula.

Desde que existe la humanidad coexisten los cuentos, pero no todas las historias son dignas de contarse. Hugo Chaparro Valderrama lo olvida cien veces en su libro. No se juega el pellejo en sus historietas, todas se dan codazos en su ahogada fábula.

Entre las razones para este libro fallido, la vanidad y la presión son dos de ellas. Envuelto Chaparro (quien fue hace casi medio siglo niño prodigio) en los vapores de la adulación y la promoción, la vanidad ha podido más que

otras virtudes como la sobriedad y la paciencia, que no solo abundan entre los santos, sino entre los escritores. Libros como *El buey descalzo* también resultan de la presión por la fecha de entrega del manuscrito a la empresa editorial. Quien pierde es el lector. ¿Está prohibido que se divierta? ¿O que se consuele a través de una historia?

Alguna defensa del autor la aportarían los guijarros poéticos abundantes en la prosa del gigante cándido. En otra muestra de su humor negro, Chaparro corre a probar que los idiotas y delirantes eyaculan poesía por los labios simplemente con nombrar los esperpentos y fantasmas que les visitan en sus alucinaciones: “[...] esperó a que el viento soplara entre el careo que hacían las agujas de tejer”, “la niña Augusta miraba a su hermanita desnuda como si la niña Sara fuera una carcajada de la cabeza a los pies”.

En *El buey descalzo* hay cien historias huérfanas, a medio hacer por un demiurgo anti-aristotélico que les niega la organización y la verosimilitud prescritas por el griego. El camino aristotélico puede tener muchos siglos, pero siempre les ha sido rentable a los narradores que lo han acatado hasta el presente; y lo acatan la mayoría de los libros que se publican todas las semanas, y también lo siguen la mayoría de aquellos que han ganado el Premio Nobel. Es un patrón formal, así que este libro no es una “proeza formal”, como declara la contratapa, sino una informal.

La verosimilitud (el hallazgo de la poética aristotélica) es precaria también en el narrador intratextual, quien produce el texto al ejercer la memoria de tantas creaturas e historias. No es acertado darle a su recordar supuestos rasgos del recordar real: saltos, fragmentos, asociaciones, oscilaciones, elipsis y retornos del hilo, motivos borrosos. En ficción, los que recuerdan lo hacen en una memoria verosímil, no en una empírica, desorganizada e informe. Hugo Chaparro Valderrama, quien ha ejercido largamente la crítica de cine, sabe que es así.

**Ernesto Gómez Mendoza**